

GOSLING, J. C. B., *Platón*, trad. Ana Isabel Stellino, México, UNAM, 1993.

“Los términos de referencia de este libro ocasionarán que el mismo *moleste* a los eruditos. Está concebido como una discusión crítica de algunas de las tesis filosóficas más importantes de Platón” (p. 5; subrayado mío).

En efecto, en lo personal la lectura de este libro me causó –entre otras cosas– un buen número de molestias, de lo cual hablaré un poco más adelante.

A lo largo de toda la obra, así como en otras publicaciones suyas, se puede observar que Gosling es un conocedor de Platón. Su dominio del pensamiento platónico resulta patente cuando, al tratarse de un mismo tema, brinca con la mayor facilidad de un diálogo a otro (*cf.*, por ejemplo, p. 34).

Las aludidas “molestias” fueron varias: (1) si no conociera bien a Platón y si mi primer contacto con él hubiera sido este libro de Gosling, pensaría que Platón era algo tonto por no haber visto muchas cosas que Gosling sí ve en su “discusión crítica” con él. (2) Pocas veces se puede leer de continuo, pues se da por supuesto que el lector recuerde de modo minucioso el contenido de todos los diálogos platónicos; como de hecho no siempre es así (3), hay que levantarse permanentemente para releer los pasajes a los cuales Gosling se refiere (la re-lectura es indudablemente uno de los fines de éste). (4) La obra resulta densa, difícil y fatigosa, entre otras razones por la excesiva longitud de los párrafos y porque, a mí gusto, le falta claridad en la exposición. En resumidas cuentas –y valga la expresión–, la obra es un “hueso duro de roer”; de ningún modo se trata de una lectura para principiantes, sino sólo para platonistas altamente especializados, que, por un lado, gustan de un enfoque analítico cuya discusión crítica con Platón es extremadamente detallista y que, por otro, están dispuestos a brincar continuamente de un diálogo a otro, resistiendo a la vez las “molestias” previstas por el autor.

La obra versa básicamente sobre dos temas, ambos importantes para Platón: moral y conocimiento (*episteme*). Con respecto a ellos afirma Gosling, con toda razón, que el filósofo ateniense tiene una preocupación constante, en el sentido de que creyó que si se resolverían debidamente los problemas de la ciencia [conocimiento de lo que es], se resolverían automáticamente también los problemas del hombre, y que el conocimiento revelará también la mejor vida para el género humano (*cf.* p. 7).

Voy a detenerme en dos capítulos: uno, el primero, acerca de la moral, y otro, el doceavo, acerca de lo que el autor llama “ciencia”, intitulado “Falsedad en el *Cratilo*”.

El primer capítulo está intitulado “Escepticismo moral”. Se llama así porque Platón parece haber pensado que la moralidad vigente antes de él era a veces irreflexiva, y presentaba un relativismo que impedía que la moral fuera regida por reglas absolutas. El tipo de “escepticismo” más radical es el de individuos como Calicles y Trasímaco, quienes perciben que los códigos morales *no* toman en cuenta lo que al menos unas personas desean. Pero el *Herrenmensch* [una especie de “superhombre” de Nietzsche] podría imponer su voluntad; ¿por qué acepta reglas morales establecidas por otros? Según Gosling, por dos razones: o por debilidad o por estupidez (*cf.* p. 11). Puesto que estas dos características son defectos, resultaría que la virtud sólo es de los débiles y/o estúpidos; en otras palabras, sería fruto de una “deficiencia” (11). “El escéptico más extremista [tipo Calicles] presenta argumentos que permiten suponer que la moral no es realmente buena para nadie” (p. 11).

Ahora bien, Platón, ferviente moralista, ataca este tipo de escepticismo, a la vez que pretende ofrecer posibilidades para una forma de vivir mejor que la escéptica; esta forma nueva debería ser válida para todos los hombres (*cf.* p. 11). De ahí que argumente —de manera especialmente clara en la *República*—, que es deseable que la virtud se dé en todas las personas. Gosling expone muy bien los deseos de la parte concupiscible del alma y critica igualmente bien la supuesta omnipotencia de estos deseos. Muy acertado también su comentario de que, si alguien —según Platón—, conociera realmente sus propios deseos, comprendería que le conviene una vida virtuosa.

Con respecto a la justicia en la *República*, Gosling ve bien que “justicia” significa “organización adecuada de la vida personal” (p. 21), pues “... sólo con cierta forma de ley o de disciplina personal podemos llevar una vida en la que se cumplan todos nuestros deseos” (p. 24). Quiero hacer hincapié en que nuestro autor, si bien al discutir con Platón recoge muchos puntos importantes, olvida mencionar, sin

embargo, el punto más relevante, que es la búsqueda platónica de la perfección y santificación del hombre.

El capítulo sobre el *Cratilo* es especialmente difícil de comprender, ya que Gosling lo escribe como si en esta obra a Platón le hubiera importado mucho el juicio verdadero o falso, cuando *este* problema es secundario. El *Cratilo* no trata tanto sobre enunciados verdaderos o falsos, sino sobre si una sola denominación es apropiada o no. Es cierto que Platón habla de la falsedad en la oración, pero esto no es, en modo alguno, el núcleo del *Cratilo* en su conjunto (cf. p 267). “La contribución positiva del diálogo” tampoco consiste, como quiere Gosling, en “establecer una propuesta sobre la posibilidad del lenguaje de ser corregido” (267), sino en una reflexión acerca de cómo significan las palabras: es un tratado de semántica. En pocas ocasiones Platón trata de la verdad o falsedad en la *oración*; sin embargo, en este capítulo el interés de Gosling se centra principalmente en el tema de la verdad o la falsedad en la oración; en consecuencia, el lector que no conoce bien el *Cratilo* tendría una idea bastante falsa sobre este diálogo, ya que Gosling ni siquiera de paso menciona que el tema de la obra es la semántica.

Según Gosling, Platón quería “demostrar que cualquier tesis que negara *a priori* la posibilidad de los juicios falsos debía ser errónea...” (p. 283). En efecto, esto es un “subproducto” del *Cratilo*, que, por cierto, no se desprende de la lectura del capítulo sobre el *Cratilo*, sino porque el conocedor del diálogo lo sabe de antemano.

Dudo que, como opina Gosling, los razonamientos platónicos acerca de la falsedad sean “puramente polémicos” y no expongan las dificultades de dicho filósofo (cf. p. 267). Por lo demás, le contesto a Gosling, quien no se explica por qué Platón en el *Cratilo* le asigna tanta importancia al tema de la semejanza, que ello sucede porque el tema de la semejanza entre la palabra y su denominación es un concepto clave en ese diálogo.

Todo este capítulo habría sido mucho más claro si Gosling hubiera expuesto, al menos brevemente, las cuatro teorías que presenta el *Cratilo* acerca de las relaciones entre la cosa y su denominación; al faltar tal exposición se pierde incluso quien conoce el diálogo que aquí nos ocupa.

Estoy consciente de que esta nota insiste mucho en lo que a mi parecer constituyen fallas del libro. De hecho, la lectura no sólo me presentó las intencionadas y ya mencionadas “molestias”, sino me resultó oscura, a pesar de que cada capítulo comience con una breve recapitulación del anterior. Aun cuando de ahí no se infiere que a otros lectores les pase lo mismo, considero imprescindible señalar que, si

desean obtener provecho de este libro, deben, por un lado, conocer a Platón a fondo; por otro –y en ello consiste el verdadero problema–, estar dispuestos a sobrellevar las dificultades que he mencionado.

Ute SCHMIDT OSMANCIK